



Dibujos de Verónica Pérez

CUADERNO "LUCÍA SÁNCHEZ SAORNIL, BREVE ANTOLOGÍA"

Adjunto a La Campana (VI Época, N° 55)
Pontevedra, 2 de noviembre de 2021

EL CANTO NUEVO

Como premonición de su futura poética de lucha y combate social en el *Romancero de Mujeres Libres* (1936 – 1937) y anuncio de su inminente militancia anarquista, Lucía Sánchez Saornil, publica en 1920, en la revista Cervantes, el poema futurista.

¡Oh, cuánto tiempo HORA NUESTRA
te hemos esperado!, ¡cuánto!
Oh, cuántas veces tendimos
el cable de nuestra mirada limpia al futuro
y aplicamos el oído extático
al viento,
ávidos de distinguir
tu música en embrión!
¡Oh, cuántas veces
el diamante de nuestro deseo
partió el cristal del horizonte
buscándote más allá de las auroras!

Y al fin te poseemos, hora nuestra;
al fin podremos mecerte en nuestros brazos
y escribir tu claro nombre en nuestras frentes.

Hermanos,
he aquí, todo cumplido;
hagamos braserillos en el hueco de nuestras manos
para esta “llama alargada”.

El horizonte es la pauta, hermanos.
Nuestros martillos, pulidos y brillantes
como una de mujer,
canten sobre las columnas truncas,
sobre los frisos rotos.
Tal un vendaval impetuoso
borremos todos los caminos,
arruinemos todos los puentes,
desarraiguemos todos los rosales;
sea todo liso como una laguna
para trazar después
la ciudad nueva.

Tiranos del esfuerzo,
nuestros brazos levantarán esta vieja Tierra
como en una consagración.

Un abanico de llamas
consumirá las viejas vestiduras
y triunfaremos, desnudos y blancos,
como las estrellas.

Los que hemos creado esta hora
alcanzaremos todas las audacias;
nosotros edificaremos
las pirámides invertidas.

CUADERNO “LUCÍA SÁNCHEZ SAORNIL, BREVE ANTOLOGÍA”

Adjunto a La Campana (VI Época, nº 55)

Realizamos este breve encuentro con la poesía y prosa de Lucía Sánchez Saornil para mostrar algunos de los poemas y artículos que aparecen citados en el número monográfico de **La Campana** (VI Época, nº 55 del 2.11.2021) a ella dedicado. Todos los textos, han sido recogidos en la siguiente bibliografía:

Lucía Sánchez Saornil: *Poesía* [Edit. Pre-Textos / IVAM, Valencia 1996]

Lucía Sánchez Saornil: *Corcel de fuego*

[Edición de Nuria Capdevila-Argüelles. Ediciones Torremozas, Madrid 2020]

Lucía Sánchez Saornil: [LSS] *Poeta, periodista y fundadora de Mujeres Libres*

[Introducción y selección de Antonia Fontanillas y Pau Martínez

– La Malatesta editorial y Tierra de Fuego; Madrid y La Laguna, 2014]

Lucía Sánchez Saornil: *Horas de Revolución*

[Edic. Pep Capó / Jordi Maíz, Calumnia Mallorca 2019]

Lucía Sánchez Saornil: *La exacta medida de lo humano* [Anarquismo en pdf, 2021]

Lucía Sánchez Saornil: *Romancero de Mujeres Libres* [Edit. CGT, Madrid 2020]

POEMAS

En enero de 1919 se constituía oficialmente en España el fugaz pero importantísimo movimiento de la vanguardia poética, conocido como Ultraismo. A ese grupo se incorpora Lucía Sánchez Saornil, quien, en 1919 escribe uno de los poemas más significativos de este movimiento poético, dedicado al aeródromo de Madrid “Cuatro Vientos”. Pese a este hecho, la historiografía poética española, tratará de confinar en el olvido a Lucía, quizá por castigar en ella el triple delito de ser obrera, anarquista y mujer libre.

CUATRO VIENTOS

Mi balcón:
rosa del cristal frente al ocaso.

En el río del horizonte
naufra Cuatro Vientos,
nido de águilas de acero,
de alas inmóviles
y vientres sonoros.

Tarde de Domingo
cuando se ahoga el sol en el río fantástico.
He aquí los grandes pájaros sonoros,
rondel de gaviotas
sobre un mar lejano.
En la costa ilusoria
hay un faro:
la torre radiotelegráfica.

He aquí los grandes pájaros sonoros,
que se elevan, se persiguen y se abaten,
sobre las lejanas olas imaginarias.
Tornan a alzarse
triunfales, como cóndores altivos,
trepidan los vientres locos
en una embriaguez de energía,
canto bárbaro de las fuerzas domeñadas.

Un pájaro soberbio
rasga el cristal del poniente
en un vuelo al sol.
Y de pronto
aletea ... gira y cae.
Temblamos,
como si la tierra se hubiera removido
en una sacudida sísmica.

Un pájaro yace inerte y roto:
sobre la tierra,
cara al sol,
el corazón del pájaro muerto
de una estrella caída y opaca.

El río del horizonte,
que se había teñido de sangre,
se desbordó por los cielos.

Tras la victoria del nacional-catolicismo franquista, Lucía logró escapar en 1939 hacia Francia y, tres años más tarde, amenazada por la Gestapo, decidió regresar clandestinamente a España. Tras una primera estancia en Madrid, donde es reconocida y teme ser detenida, huye a Valencia, donde permanecerá de incógnito e indocumentada durante doce años. Condenada al silencio, Lucía no volverá a publicar ningún poema, por más que no renunciase a escribirlos. De esa producción sólo han quedado 23 poemas mecanografiados, en los que Lucía hace balance de su vida y expresa, con magistral inteligencia y belleza, el vaivén de la esperanza-desesperanza de quien ha luchado, ha sido derrotado, ha sufrido y, pese a todo, permanece en ella batallando el ansia de vida y libertad.

SOÑAR, SOÑAR SIEMPRE

Has jugado y perdiste: eso es la vida.
El ganar o perder no importa nada;
lo que importa es poner en la jugada
una fe jubilosa y encendida.

Todo lo amaste y todo sin medida.
¿Cómo puedes sentirte defraudada
si fuiste por amor crucificada
con un clavo de luz por cada herida?

Sobre urdimbres de olvido van tejiendo
lanzaderas de ensueño otra esperanza
de un morir cotidiano renaciendo.

Porque un nuevo entusiasmo nos transporta
a otro ensueño entrevisto en lontananza
y en la vida, el soñar, es lo que importa.

Y todavía le quedan fuerzas para -en estos tiempos de represión, clandestinidad y feroz victoria de los enemigos- decir, derrotadas sí, vencidas, no, pues llegarán nuevas generaciones y tendrán su sueño, les espera su vuelo.

Y POR QUÉ NO ...

¿Y por qué no otra ardiente y nueva aurora?
¿Qué al otro lado de la puerta oscura,
no habrá otra adolescencia turbadora
que se alce en vuelo hacia otra luz más pura?

¿Y ha de acabarse todo en este “ahora”,
en este no vivir, en esta dura
realidad brutal que nos devora
sin remisión y sin piedad segura?

Y al otro lado ¿qué? ¿nada de nada?
¿otro barrio tan sucio como éste?
¿otra serpiente? ¿otro camino infame?

A Dios le increpo con mi voz más dura:
“la vida es una llaga, una peste”
¡y el llanto mostraré cuando me llame!

Y, por último, este segundo soneto de la desesperanza, uno de sus últimos poemas escrito en Valencia poco antes de su muerte

II SONETO DE LA DESESPERANZA

Ya no podré decir nunca “mañana”,
ese mañana fabuloso y mágico;
ahora un estupor cruel y trágico
de la tierra, del mar, del cielo emana.

¡Oh, mañana, mi tierra prometida,
siempre posible aunque jamás se alcance!
Hoy hacia ti su jubiloso avance
detiene al fin mi pie. Es ley de vida.

Me rebelo a aceptar esta derrota,
y me aferro tenaz a una remota
esperanza de arriba a tus arenas.

Si no es posible, más, decir “mañana”,
si la vida no tiene su diana
¿para qué ya la sangre por mis venas?

LITERATURA NADA MÁS

[Publicado en periódico *CNT*, nº 104 del 14 de marzo de 1933]

No afirmamos nada nuevo cuando decimos que el mundo está podrido ni somos los únicos en reconocerlo.

Hace tiempo que los propios burgueses se han dado cuenta de esta verdad y se aprestan a reconstruirlo a su manera.

Lo nuevo: he aquí dos palabras que han asumido el máximo valor representativo de esta inquietud.

Cuando alguno de los nuestros tiene audacias de lenguaje y de concepto para expresarnos su voluntad de renovación, que escandalizan a los ingenuos, nosotros sonreímos levemente; y no nos sonreímos de los que se escandalizarían, nos sonreímos del pseudo audaz, porque hace mucho tiempo, mucho, que nuestros oídos escucharon ese lenguaje.

A los que hemos convivido con las generaciones literarias de los años 19 al 25 no puede asustarnos ningún atrevimiento; la palabra dura y hasta el concepto brutal fue la originalidad de los que en aquella época dieron en llamarse vanguardias del arte.

Una generación de muchachos que presenciaron, de más o menos cerca, la hecatombe mundial de 1914-18, tenían que reaccionar violentamente contra una civilización que había parido aquella monstruosidad. Aquella monstruosidad no era la guerra propiamente dicha, aquella monstruosidad culminaba a espaldas del frente, en la retaguardia de las ciudades, en el fe-

roz egoísmo de los emboscados, en el sentimentalismo morboso asexual de las tocas blancas de las enfermeras, en los compases de «La Madelon».

En la línea de combate estaban la muerte y la vida, ambas desnudas como una sola verdad; el instinto natural en magnífica apoteosis; detrás estaba el patriotismo, Dios, la ley, lo monstruoso. Y aquellos muchachos, al abrir los ojos sobre el panorama del mundo, sintieron una oleada de rubor en la frente, y una blasfemia brotó natural y espontánea de sus labios.

Los que nos encontrábamos entre ellos sabemos de unas horas de nihilismo exasperado. Reconocían el crimen de sus padres —entiéndase bien esto: sus padres eran los que habían creado aquella civilización— y se avergonzaban, y en el interior de sus conciencias advertían cómo concepto a concepto, el recuerdo de sus antepasados iba desmoronándose.

Abominaron de Dios, se ciscaron en la patria y gozaron transgrediendo la ley. «Vivir, solo vivir»; este fue su lema. ¿Un nuevo concepto de la vida? No; la vida desnuda de conceptos es vida espontánea, como el agua brota del manantial. Roto el cordón umbilical del pasado, el porvenir limpio esperaba un esfuerzo creador.

Abajo lo burgués, fue su grito. Lo burgués era la decadencia, la vergüenza de su ... [ininteligible], lo burgués era el afeitado con que se tapaban las crudezas, el bálsamo con que se disimulaban los hedores del mundo en descomposición.

MEDITA, MUJER; NO VOTES

[Publicado en periódico *CNT*, nº 298, 15 de noviembre de 1933]

Durante cientos, acaso miles de años, del clan a la sociedad capitalista, bajo todas las formas de convivencia social, el horizonte femenino estuvo contenido entre estos dos términos: el gineceo y el lupanar.

La historia la hacían los hombres; la mujer sólo tenía de ella el vago concepto de un espectáculo visto a

través de una celosía. Siempre al margen, condenada a las penumbras y a los últimos planos apenas era una pobre cosa, un soplo de vida latente bajo el peso de todas las iniquidades sociales.

Se ha hablado mucho del cristianismo como libertador de la mujer; lo cierto es que sólo consiguió va-

riar la forma del menosprecio, y después, como antes, la mujer siguió siendo un accesorio en la vida masculina.

Y entre tanto, las sociedades tactaban en el vacío, avanzaban y retrocedían en las tinieblas. Falseada la base de sustentación, la humanidad giraba desorientada y enloquecida en busca de su equilibrio.

La historia era una sucesión ininterrumpida de crímenes y barbarie. Guerra, esclavitud, miseria y una única resultante: dolor. Y en su rincón de cenicienta a la mujer sólo le estaba permitido un derecho: llorar.

Y lloró siglos y siglos sobre las monstruosas aberraciones sociales que hicieron del hombre un lobo para el hombre, que pusieron en las manos del uno el látigo a descargar en las espaldas del otro. Y si alguna vez, tímidamente, apuntó la necesidad de ser oída mil voces airadas la conminaron a volver al silencio, a no mezclarse en la cosa pública, a tornar a la oscuridad, y a su llanto y a su desesperación.

Pero no en vano la evolución es una ley inexorable: evolución o muerte, he aquí el dilema. Renovarse o morir. Y la sociedad que durante siglos puso un dique que creyó infranqueable a la evolución se siente morir minada en sus falsos cimientos y busca un injerto que dé savia y vigor nuevo a su decrepitud. Y este injerto, este

elemento de salvación, esta promesa de resurgimiento a quien la sociedad caduca vuelve los ojos, es la mujer.

De la diestra y la siniestra parten llamadas angustiosas, llamadas que son ya una declaración de impotencia y de agonía. El viejo mundo, como el portugués del cuento, le pide a la mujer que le saque del pozo ofreciéndola perdonarla la vida.

Así, los que antes la confinaron entre aquellos dos términos infranqueables, el gineceo y el lupanar, la llaman con gran premura a la vida pública y miran con inquietud su gesto imponderable generador de vida o portador de la muerte.

En este hecho universal España no podía ser una excepción. De espaldas a la realidad que marca la hora de la verdad y de la justicia, todos los partidos políticos —paradoja viva— buscan en el concurso de la mujer una energía nueva para seguir manteniendo en pie el cadáver de una sociedad bien muerta.

Y los cantos de sirena brotan de todas las esquinas de las ciudades españolas: «Vótame a mí, te traigo la felicidad en píldoras. Dame tu voto, mujer, te traigo la bienaventuranza por los siglos de los siglos. Vota a las derechas, vota a las izquierdas, vota al centro». ¡Basta! Es demasiado tarde. Es la hora de meditar, mujer. Es la hora de que se te diga la verdad.

¡NO MÁS PALABRAS! ACTUEMOS CONTRA LA GUERRA

[En Solidaridad Obrera, nº 1088, 11 octubre 1935]

¡Basta! ¡Basta!... Imposible tomar un periódico en las manos —proletario o burgués, igual éste que aquél— sin que la palabra de odio, de condenación a la guerra no brinque ante nuestros ojos vibrante y encendida como metralla escapada de la guerra misma. Todos, en esta hora de angustia, de espanto, creen combatir la guerra haciéndonos relatos pavorosos de la íntima visión que de la guerra tienen. Y en todos los relatos hay como una delectación morbosa, inconsciente. Se describen es-

cenar terribles; se dan detalles espeluznantes; se pintan con colores sombríos el fuego, la sangre, el horror...

Los periódicos arden; arden y queman las manos que los tocan. La idea de paz; el deseo de paz abandona su dulzura y se hace huracán violento. Se condena la guerra con frase más roja y encendida que la guerra misma: «¡Guerra a la guerra!». Y contra la locura de los belicosos, se levanta la belicosidad de los antiguerreros.

Todos los diarios, los proletarios como los burgueses, revientan en coléricas diatribas contra los Zaharoff, los Krupp, los Schneider; contra los tiranos, los incubadores y los propulsores de la guerra. Todos los diarios se retuercen de horror: los nuestros, los de enfrente, todos; y todos quisieran exterminar al culpable.

Y yo, leyéndolos, he sentido estallar mi corazón y mi cerebro, y un grito de indignación y de ira me ha subido a los labios.

¡Basta, basta de literatura! ¿A quién señaláis? ¿Quién es el culpable? ¿Quién? Todos; todos somos culpables; todos, oídllo bien. ¡La humanidad entera! Todos tenemos la culpa. Pudimos evitarlo, y no lo hicimos; antes, como ahora, nos conformamos con gritos histéricos, y abandonamos toda acción eficaz. ¡Palabras, palabras! ¡Literatura, nada más que literatura!

No más guerras, dijo la burguesía, y subterráneamente alimentaba los odios, encendía las competencias. No más guerras, y montaba fábricas de armas e inventaba medios de exterminio.

Pero, y nosotros, trabajadores, ¿qué hicimos nosotros? Nos acercamos a las bocas hirvientes de los hornos; templamos el acero; elaboramos la metralla; auxiliamos al sabio maldito en su laboratorio.

Y ahora, todos gritamos: impetramos piedad. ¿A quién? ¿De quién? ¡Si somos las víctimas de nuestra propia obra! Nos pasamos la vida preparando la guerra, organizando la guerra, y cuando la guerra llega nos erizamos de espanto y sollozamos de angustia. La guerra es nuestra obra, la que hemos preparado con nuestras propias manos, y en ella está nuestro castigo. También a nosotros, trabajadores, nos cabe culpa, porque no hemos sabido ser heroicos; porque no nos ha importado comer el pan que se fraguaba con sangre y lágrimas futuras; porque no quisimos o no supimos dirigir una acción común, segura y eficaz contra la fabricación de armas; porque nos conformamos con asistir a los congresos antimilitaristas y aplaudir a los oradores, sin cuidarnos después, ni por asomo, de cumplir los acuerdos, porque nosotros, antes y ahora, igual que los capitalistas, sólo hemos hecho literatura, charlatanería sensible, estupideces.

¡Antes, antes debimos negar nuestro concurso a los Zaharoff, Putílov y cofrades! ¡Boicot a los obreros que intervinieran en la fabricación de armamentos! ¡Denegación del derecho a formar parte de organizaciones obreras! El obrero que fraguaba la muerte, no podía ser hermano del que ara los campos; del que baja a las minas; del que elabora el pan; del que, hora tras hora, crea la vida con sus manos. Estas manos debieron rechazar-

le; estos corazones repudiarle, porque era un traidor a la causa del trabajo, que es la del progreso, la del impulso, la de la ascensión hacia mejores fines, siempre.

¡Boicot, boicot a la fabricación de armas! Y no se me diga que estas armas pueden purificarse sirviendo a la revolución. No; la revolución no necesita armas, porque si las armas sirven para hacer la revolución, también sirven para sofocarla, para hacerla imposible. Si los pueblos se negaran a la fabricación de armas, las revoluciones serían más fáciles, porque las leyes coercitivas serían papel mojado; porque la ley no se mantiene por sí; porque la ley no tiene fuerza, ni garantía, ni es otra cosa que el arma que está detrás de ella.

Esta debió ser nuestra labor, y esta fue la labor que abandonamos, la única eficaz, la única que hubiera podido impedir la guerra, acabar con la guerra.

¿Y creemos que, ahora, cuando hemos dejado que el miedo paralice los cerebros; que los hombres se conviertan en guiñapos, en autómatas; que la psicosis anule las voluntades, unos discursos más o menos encendidos, unos trozos de literatura pueden ponerlos en pie y empujarlos contra los tiranos? No. Esto es una ingenuidad manifiesta.

La guerra está encendida; sólo algunas docenas, tal vez algunos centenares de verdaderos hombres le negarán sus brazos. Pero nos queda un camino: volver atrás; recoger la táctica que abandonamos; negarnos a fabricar armamentos; hacernos dignos de ese mundo que soñamos, prefiriendo la muerte por hambre, a convertirnos en comedores de cadáveres.

Que no ocurra lo que en 1914. De las naciones neutrales se desplazaban caravanas de hombres, y, lo que es más horrible, a ellos se incorporaban nutridos grupos de mujeres, para buscar su pan en las fábricas de armamentos. ¡No; no!

Pensemos que la guerra, para su sostenimiento, necesita una incalculable producción de armas diarias. ¡Hombres, mujeres, aún estamos a tiempo!



¡MADRID, MADRID, MI MADRID!

En 1937, en plena guerra civil española, la Agrupación Mujeres Libres, bajo el título de *Romancero de Mujeres Libres*, reúne en un libreto dedicado “A los que cayeron por la libertad”, la colección de épicos romances de Lucía Sánchez Saornil, que venía publicando en diferentes números de su revista. En el folleto se recoge el apasionado poema “Madrid, Madrid, mi Madrid”, leído por su autora en la emisora de Radio Madrid una de las noches en que el ataque a la ciudad era más cruento.

¡MADRID, MADRID, MI MADRID! ...

¡Madrid, corazón del mundo!
-no ya corazón de España-
como túnica de Cristo
malhechores te desgarran.

¡Ay, rondas de mi Madrid,
ríos de sangre y de lágrimas!
Tus noches no son tus noches
llenas de luz hasta el alba;
son pavorosos abismos
en cuyas negras entrañas
revientan frutos de fuego
maduros de vieja saña.

¡Madrid, de los arrabales,
río de sangre y de lágrimas,
abre la tumba a tus muertos!
-A nosotras, Malasaña!-
van las mujeres rugiendo,
trémulas de fiebre y ansia,
galopando en potro de ira,
con las manos desplegadas
a la busca en campos de odio
de amapolas de venganza.
¡Madrid, corazón del mundo,
corazón que se desangra!...

Por la puente de Segovia
sube de cara al Alcázar
entre roncós alaridos
el pueblo pidiendo armas.

-¡Madre, madre, me han matado
al hijo de mis entrañas!

-Anoche dejé a mi padre
quieto el corazón, sin habla,

boca arriba en el arroyo
buscando un cielo sin alba.

-¿A dónde vas, compañero?
-Deja, mujer, que me vaya;
no tengas celos de nadie,
que es la muerte quien me aguarda
para jugarse conmigo,
firme el pulso y cara a cara,
la vida de mi Madrid
que tiene preso en sus garras.
-Voy contigo, compañero,
los dientes tengo y me bastan.

-A mí los del Avapiés,
Curtidores y la Caba;
los mozos de pelo en pecho
dispuestos a lo que salga.

Por las puertas de Toledo
va en aluvión la “canalla”
en busca del enemigo
ciegos los ojos de lágrimas,
prietos los dientes de ira
chocando al aire las armas.

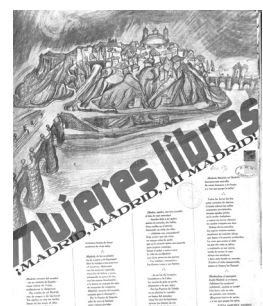
¡Madrid, Madrid, mi Madrid,
haremos una muralla
de carne humana y de fuego,
y a ver qué guapo la salta!

Todas las horas del día
están cortadas de alarma.
Cruzan veloces las calles
campanas precipitadas,

sirenas agudas gritan
en la noche ciudadana
y contra un terror obscuro
los sueños rompen sus alas.

Debajo de las estrellas
los negros aviones cantan,
serpientes de traición silban
que hasta a la muerte acobardan.
La cuna que acuna al niño
no por ser cuna se salva;
y crujiendo en sus raíces,
muda de terror, la casa
alarga sus escales
y hace más honda su entraña.
¡Contra el cielo ennegrecido,
pegan su lengua las llamas!

¡Muchachos, al parapeto!
donde Madrid os reclama.
¡Adelante las mujeres!
¡adelante!, ¿Quién se tarda?
Una hora vale un año,
un minuto, una semana.
¡Hagamos muros de carne,
y a ver qué guapo los salva!



LA CUESTIÓN FEMENINA EN NUESTROS MEDIOS

[Publicados en *Solidaridad Obrera*, nº 1075, 26.09.1935; nº 1080, 2.10.1935; nº 1088, 9.10.1935; nº 1091, 15.10.1935 y nº 1104, 30.10.1935]

I

Agradezco a M.R. Vázquez que, con su artículo publicado en estas mismas columnas, «La mujer, factor revolucionario» —muy bien enfocado, por cierto— me haya dado ocasión de volver a ocuparme de este tema.

En otros periódicos —El Libertario, CNT— y en distintas ocasiones he dicho algo de lo mucho que hay que decir sobre la importancia que tendría para nuestro movimiento la captación de la mujer.

Pero en este asunto hay que hablar claro, muy claro; entre nosotros no caben circunloquios, debemos ser sinceros aunque esta sinceridad nos amargue; enarbolemos nosotros mismos la palmeta aunque nos desgarrremos los nudillos; sólo a costa de esto entraremos en el camino de la verdad.

Se queja Vázquez, como yo me he quejado repetidas veces, de que no se haga suficiente propaganda de nuestras ideas entre las mujeres; y después de observar los hechos, luego de haberlos analizado, he venido a sacar esta conclusión: interesa poco a los camaradas anarcosindicalistas -no al anarcosindicalismo, cuidado- el concurso de la mujer.

Me parece oír una serie de voces airadas que se levantan contra mí. Calma, amigos: no he comenzado aún. Cuando afirmo una cosa estoy siempre dispuesta a demostrarlo, y a ello voy.

Nada más fácil que la propaganda entre la mujer —¡ojalá todos nuestros objetivos tuvieran la misma sencillez!—. ¿Propaganda en los sindicatos? ¿Propaganda en los ateneos? ¿Propaganda en casa! Es la más sencilla y la más eficaz. ¿En qué hogar no hay una mujer, compañera, hija, hermana? Pues ahí está el nudo de la cuestión. Supongamos que la Confederación Nacional del Trabajo tiene un millón de afiliados. ¿No debería tener otro millón, cuando menos, de simpatizantes entre las mujeres? ¿Qué trabajo costaría entonces organizarlas si se estima necesaria su organización? Como vemos, no está ahí la dificultad, la dificultad está en otra parte: en la falta de voluntad de los propios camaradas.

He visto muchos hogares, no ya de simples confederados, sino de anarquistas (¿!?) regidos por las

más puras normas feudales. ¿De qué servirán, pues, los mítines, las conferencias, los cursillos, toda la gama de propaganda, si no son vuestras compañeras, las mujeres de vuestra casa las que han de acudir a ellos? ¿A qué mujeres os referís entonces?

Por esto, no vale decir: «Hay que hacer propaganda entre las mujeres, hay que atraer a la mujer a nuestros medios», sino que hemos de tomar la cuestión desde más lejos, desde mucho más lejos. En su inmensa mayoría, los compañeros, hagamos la excepción de una docena bien orientados, tienen una mentalidad contaminada por las características aberraciones burguesas. Mientras claman contra la propiedad, son los furibundos propietarios. Mientras se yerguen contra la esclavitud, son los «amos» más crueles. Mientras vociferan contra el monopolio, son los más encarnizados monopolistas. Y todo ello se deriva del más falso concepto que haya podido crear la humanidad. La supuesta «inferioridad femenina». Error que tal vez nos haya retardado siglos de civilización.

El último esclavo, una vez traspuestos los umbrales de su hogar, se convierte en soberano y señor. Un deseo suyo, apenas esbozado, es una orden terminante para las mujeres de su casa.

El que diez minutos antes tragaba toda la hiel de la humillación burguesa, se levanta como tirano haciendo sentir a aquellas infelices toda la amargura de su pretendida inferioridad.

No se me diga que exagero. Podría ofrecer ejemplos a manos llenas.

No interesa el concurso de la mujer a los camaradas. Cito casos verídicos.

Varias veces había tenido que dialogar con un compañero que me parecía bastante sensato y siempre le había oído encarecer la necesidad que se hacía sentir en nuestro movimiento del concurso de la mujer. Un día, que se daba una Conferencia en el Centro, le pregunté:

—Y tu compañera, ¿por qué no ha venido a oír la conferencia?

La respuesta me dejó helada.

—Mi compañera tiene bastante que hacer con cuidarme a mí y a sus hijos.

Otro día fue en los pasillos de la Audiencia. Me hallaba en compañía de un camarada que ostentaba un cargo representativo. Salía de una de las salas una abogada, tal vez defensora de la causa de algún proletario. Mi acompañante la miró de soslayo y murmuró mientras esbozaba una sonrisa rencorosa:

—A fregar, las mandaba yo a éstas.

Estos dos episodios, a simple vista tan banales, ¿cuántas cosas tristes no dicen? Dicen, ante todo, que hemos olvidado algo muy importante; que mientras concentrábamos todas las energías en la labor de agitación relegábamos la educativa. Que la propaganda de atracción femenina no hemos de hacerla entre las mujeres, sino entre los mismos compañeros. Que debemos comenzar por desarraigar de sus cerebros la idea de la superioridad. Que cuando se les dice que todos los seres humanos somos iguales, entre los seres humanos está comprendida la mujer, aunque vegete entre las cosas del hogar confundida con las cacerolas y los animales domésticos. Hay que decirles que en la mujer existe una inteligencia como la suya y una sensibilidad aguda y una necesidad de superación; que antes de reformar la sociedad precisa de reformar su casa; que lo que él sueña para el porvenir —la igualdad y la justicia— debe implantarlo desde hoy mismo entre los suyos; que es absurdo pedir a la mujer comprensión para los problemas de la humanidad si antes no la alumbra para que vea dentro de sí, si no procura despertar en la mujer que comparte con él la vida, la conciencia de la personalidad, si antes, por fin, no la eleva a la categoría de individuo.

Esta, y no otra, es la propaganda que puede atraer a la mujer a nuestros medios. ¿Cuál de ellas dejará de abrazar la causa que ha obrado el «milagro» de revelar su ser?

A la tarea, pues, camaradas.

Y si consideramos que éste es un problema interesante para el movimiento revolucionario, no lo escondamos como una vergüenza entre las estrechas columnas de las páginas de información telegráfica de nuestros periódicos; démosle aire, pongámoslo al alcance de la vista de todo el mundo. (Esto va para ti, camarada director).

En cuanto a los compañeros, me perdonarán la crudeza; pero es necesaria si no queremos engañarnos nosotros mismos.

Y como no he terminado, no os digo sino hasta luego.



II

No piense nadie, porque se equivocaría absolutamente, que al encomendar la captación de la mujer a una propaganda individual he dejado de estimar la labor que puede hacerse por otros medios más amplios: la conferencia, el mitin, el periódico. Pero antes de decidirse ningún compañero a emplearlos es necesario que tenga en cuenta que precisa de un tacto y una habilidad extrema para no hacer una labor negativa. Tales medios sólo deben manejarlos aquellos que en la intimidad de su conciencia hayan reconocido de antemano la necesidad y el valor de la adquisición que nos proponemos.

Yo quisiera que cada uno meditara hondamente y antes de abrir los labios entrara en sí mismo, bajara a sus intimidades más profundas y hasta donde alcanzaran sus conocimientos, pero con una sinceridad absoluta, dispuesto a hallar la verdad por encima de todas las coacciones ambientes y procurara descubrir en sí mismo y en la sociedad la leve huella que le ha sido permitido dejar a la mujer; y sólo cuando hubiera descubierto que aún desde la lejanía en que estuvo relegada y por encima de la leyenda morbo-sexual en que se la ha envuelto, la mujer operó como un elemento vital impulsando el desenvolvimiento de la individualidad masculina tanto como el de la humanidad; entonces, y sólo entonces, una vez deducido el beneficio que a la sociedad futura reportaría la incorporación plena de este

elemento vital, pregonara a los cuatro vientos la verdad recién descubierta. Los que no hubieran logrado esta conclusión, preferible es que callen y no perturben con una labor negativa los resultados que de esta campaña nos prometemos.

Hay muchos compañeros que desean sinceramente el concurso de la mujer en la lucha; pero este deseo no responde a una modificación de su concepto de la mujer; desea su concurso como un elemento que puede dar facilidades para la victoria, como una aportación estratégica podríamos decir, sin que ello les haga pensar ni por un instante en la autonomía femenina, sin que dejen de considerarse a sí mismos el ombligo del mundo. Son éstos los que dicen en momentos de agitación: «¿Por qué no se organizan manifestaciones de mujeres? Una manifestación de mujeres a veces es más eficaz y la fuerza pública se detiene un poco ante ellas». Son también los que, para atraerlas, escriben artículos como uno que tuvimos el dolor de leer en el número 1.053 de nuestro diario, que venía firmado con las iniciales R.P. y fechado en Vilasar de Mar [Nota: el artículo se titulaba “Para ti, mujer”].

Pretendía aquel artículo estar escrito por una mujer, pero yo me permito dudarlo. Una mujer que da un escrito a la Prensa, demuestra por este mismo hecho haber alcanzado cierto grado de emancipación moral; y una mujer emancipada moralmente, que ha pasado por todos los dolores, por todas las amarguras, que ha tenido que afrontar la más encarnizada lucha con los suyos y con los extraños: la burla, la ironía y el ridículo —el ridículo, lo más amargo y lo más difícil de afrontar—, para alcanzar aquella meta, no puede escribir así. No puede volcar sobre la mujer las culpas de todos los sistemas sociales que han sido hasta el día, pretendiendo tomar los efectos por causas.

Decía uno de los párrafos del escrito aludido: *“No tan solo los hombres, sino la sociedad en general, tiene en pobre concepto a la mujer. ¿Sabéis por qué? Porque muchas, en esa edad en que se forma el corazón y el cerebro, no se cuidan de nada; al contrario, se cansan pronto de todo lo que sea reflexión y quietud. ¿Qué quieren? Quieren todo lo que adula la imaginación y su amor propio.”*

Y más adelante: *«La mujer, a fuerza de mirar su cuerpo en el espejo, se olvida de mirar su corazón en el espejo de su conciencia».*

¡Qué infinita pena leer esto! ¿Quién ha dicho que haya podido escribirlo una mano femenina?

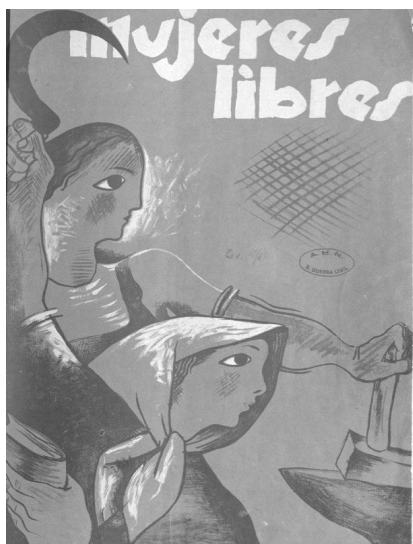
Forzoso es que el cerebro de la mujer albergue un vasto potencial de inteligencia para que no haya naufragado definitivamente en las sombras de la más absoluta animalidad. Miles de años su vida estuvo limitada entre las cuatro paredes del gineceo. La falta de horizontes creó en ella un principio de miopía espiritual acaso. No pudo ni aprender a mirar dentro de sí porque se le aseguró que nada tenía dentro; y ahora, cuando se os muestra no tal cual es, sino como vosotros la habéis creado, le echáis en cara lo que es sencillamente el resultado de vuestra propia obra.

La mujer fue en la sociedad, hasta ayer mismo, objeto de menosprecio, del menosprecio más humillante. En el siglo VIII, cuando el ideal de la humanidad era el ideal religioso, en un Concilio convocado en Flandes, se intentó discutir si la mujer tenía alma. En el primer

tercio del siglo decimotercero, cuando comenzaban a germinar las raíces de los derechos del hombre, vieron la luz una serie de disertaciones —en tono jocoso para mayor escarnio— en las que se planteaba el problema de si la mujer era un ser humano. Y así, a través de los siglos, las sociedades fundadas por hombres e integradas por hombres relegaron a la mujer a los últimos peldaños de la escala zoológica. Se la ha llamado algunas veces animal de placer, pero yo os aseguro que no fue ni aun eso, sino testigo atormentado y pasivo a la vez del placer de los demás.

¿Sabe R.P. para qué se ha criado, para qué se ha educado a la mujer durante miles de años? Exclusivamente para excitar los sentidos del macho; para esto se le dijo que había nacido y para esto se le encaminó toda su vida. Su único horizonte era, y aún no ha dejado de ser, el prostíbulo o el matrimonio, tanto monta. Así ha podido decir Charles-Albert, en su *Amor libre*: *“Suponed que una cortesana en lugar de ejercer su comercio en la calle esté segura de encontrar todos los días, a la propia hora, el mismo cliente y tendréis el tipo tan frecuente de la mujer obligada a casarse por la necesidad de participar del salario de un hombre.”*

En torno a esta solución única, giraron todas sus actividades. ¿Cuándo se cuidó nadie de despertar en ella la conciencia? ¿Cuándo le dijo nadie que en ella residía un individuo con deberes pero también con derechos? Nacer, sufrir, morir, ese fue todo su destino y todo su derecho.



No; una mujer emancipada no puede juzgar así a sus hermanas; al volver la vista atrás, a esa inmensa pléyade de esclavas que son todavía en general las mujeres del pueblo, sólo puede sentir angustia, indignación, ganas de llorar, y luego un deseo vehemente de unir su propio esfuerzo, su propia individualidad a la de los que sinceramente entrevieron la posibilidad de un mundo mejor. Unir su voluntad al vasto movimiento de emancipación integral que implantará sobre el haz de la tierra un sistema de convivencia más justo y más humano, único en el que puede hallar la mujer su liberación definitiva.

Pero no olviden nuestros propagandistas que a estas conclusiones solo llega la mujer que ha alcanzado cierto grado de emancipación moral. Proporcionarla, pues, esta emancipación debe ser nuestro objetivo más inmediato; y no olvidemos que, a más de ser poco piadoso, no es el mejor camino echarles en cara un crimen del que solo son víctimas.

III

Conservo en la memoria cierto acto de propaganda sindical en el que tomé parte. Fue en una pequeña capital de provincia. Antes de comenzar el acto se me acercó un camarada, miembro del Comité Local más importante.

“Hemos conseguido que con el señuelo de su intervención —me dijo— asista buena cantidad de mujeres; es necesario que las fustigues porque tienen aquí una idea muy equivocada de lo que debe ser su misión; desde hace algún tiempo han comenzado a invadir las fábricas y los talleres, y hoy compiten con nosotros, creando un verdadero problema de desocupación. Por otro lado, y engreídas de su independencia económica, se muestran reacias al matrimonio. Tienes que decirles que su misión está en otra parte, que la mujer ha nacido para los destinos más altos, más en armonía con su naturaleza; que ella es la piedra angular de la familia; que ella es, ante todo y por encima de todo, la madre, etc., etc.”

Y a este tenor, el camarada me endilgó una monserga de más de media hora.

Yo, sin saber qué hacer, si reírme o indignarme, le dejé hablar y cuando llegó el momento dije a las mujeres lo que creí oportuno; algo que si no era opuesto a sus opiniones estaba bien lejos de ser lo que él deseaba.

Hoy, después de mucho tiempo, aún me pregunto si aquel camarada era absolutamente sincero,

si no había en el fondo de sus argumentos una terrible cantidad de egoísmo masculino.

Porque no vale dorar la píldora. A través de su encendido ardor por la «sublime misión» de la mujer asomaba clara y precisa la brutal afirmación de Lorenz Oken —a quien él, seguramente, no conocía, pero al que estaba unido por la invisible línea del atavismo —: «La mujer es solamente el medio, no el fin de la naturaleza. La naturaleza no tiene más que un solo fin y objeto: el hombre».

Las palabras de aquel compañero ponen de manifiesto lo que vengo diciendo desde el principio de esta campaña: que a causa de la falta de preparación de los compañeros, lo poco que se ha hecho en esta cuestión ha sido negativo. Se acusa, ante todo, la falta de unidad de criterio. Y de ahí se han seguido no pocos males para nuestro movimiento.



Se lamentaba él de lo que para mí era la principal causa de satisfacción: Que las mujeres hubieran roto con la tradición que las hacía tributarias del hombre y hubieran salido del mercado de trabajo en busca de una independencia económica. A él le dolía y a mí me regocijaba porque sabía que el contacto con la calle, con la actividad social sería un estímulo que acabaría despertando en ella la conciencia de la individualidad.

Su lamento había sido el lamento universal unos años antes, cuando las primeras mujeres abandonaron el hogar por la fábrica o el taller. ¿Se dedujo de este hecho un mal para la causa proletaria? La incorporación de la mujer al trabajo coincidiendo con la introducción del maquinismo en la industria, hizo más encarnizada la competencia de brazos originando, como consecuencia, una baja sensible en los salarios.

Mirado así, superficialmente, diríamos que los trabajadores tenían razón; pero si, dispuestos siempre a hallar la verdad, ahondamos en el fondo del problema descubriremos que los resultados hubieran sido otros si los trabajadores no se hubieran dejado arrebatar por su hostilidad a la mujer, fundada en el prejuicio de la supuesta inferioridad femenina.

Se le presentó la batalla a pretexto de esta pretendida inferioridad y se toleró que se le dieran jornales inferiores, alejándola de las organizaciones de clase bajo la consigna de que el trabajo social no era misión de la mujer, y de aquí se estableció una concurrencia intersexual ilícita. La auxiliaria de la

máquina se compadecía bien con la conformación simplista del cerebro femenino en aquella época, y, a este efecto, comenzaron a emplearse mujeres que, secularmente avenidas a la idea de su inferioridad, no pretendieron imponer condiciones a los abusos capitalistas. Los hombres quedaron relegados a los trabajos más rudos y a las especializaciones.

Si en lugar de observar esta conducta los trabajadores hubieran dado cuartel a la mujer, despertando en ella el estímulo, elevándola a su propio nivel, atrayéndola desde el primer momento a las organizaciones de clase, imponiendo a los patronos la igualdad de condiciones para ambos sexos, las consecuencias hubieran sido muy distintas. De momento la superioridad física les hubiera dado a ellos la supremacía en la elección del patrono, puesto que igual le iba a costar el fuerte que el débil, y en cuanto a la mujer, se hubiera despertado en ella el ansia de superación y unida a los hombres en las organizaciones de clase hubieran avanzado juntos con mayor rapidez por el camino de la liberación.

Ya estoy oyendo una serie de objeciones. Se me dirá que al obrero de hace cuarenta o cincuenta años no se le podía pedir esta perspicacia, cuando había salido él de un estado de semiconsciencia; pero tengamos presente que al referirme a los trabajadores no lo hago tanto a la totalidad como a los que habían echado sobre sus hombros la tarea de orientarlos, y que no es mi propósito tanto hacer la crítica de aquella época como fustigar a los compañeros que aún mantienen los mismos errores desdeñando las lecciones de la experiencia.

Acaso se me diga también que, en efecto, la naturaleza femenina impone a la mujer otras actividades, igualmente importantes y valorables que el trabajo social. A estos... les contestaré el próximo día.

IV

En la actualidad está socialmente rebasada la teoría de la inferioridad intelectual femenina; un número



considerable de mujeres de todas las condiciones sociales han demostrado prácticamente la falsedad del dogma, podríamos decir, demostrando la excelente calidad de sus aptitudes en todas las ramas de la actividad humana. Solo en las capas sociales inferiores, en donde penetra más lentamente la cultura, puede sostenerse aún tan perniciosa creencia.

Pero, cuando el campo parecía despejado, un nuevo dogma —éste con aparentes garantías científicas— obstaculiza el camino de la mujer levantando nuevos valladares a su paso; y es de tal calidad que por un momento ha debido dejarla pensativa.

Frente al dogma de la inferioridad intelectual se ha levantado el de la diferenciación sexual. Ya no se discute, como en el siglo pasado, si la mujer es superior o inferior; se afirma que es distinta. Ya no se trata de un cerebro de mayor o menor peso o volumen, sino de unos cuerpecillos esponjosos, llamados glándulas de secreción, que imprimen su carácter peculiar a la criatura determinando su sexo y con éste sus actividades en el campo social.

Nada tengo que objetar a esta teoría en su aspecto fisiológico, pero sí a las conclusiones que se pretende extraer de la misma. ¿Que la mujer es distinta? De acuerdo. Aunque tal vez esa diversidad no se deba tanto a la naturaleza como al medio ambiente en el que se ha desenvuelto. Es curioso, cuando tantas consecuencias se han sacado de la teoría del medio en la evolución de las especies, que aparezca completamente olvidada cuando se trata de la mujer. Se considera a la mujer actual como un tipo íntegro sin tener en cuenta que no es más que el producto de un medio permanentemente coactivo, y que es casi seguro que restablecidas en lo posible las condiciones primarias, el tipo se modificaría ostensiblemente burlando, tal vez, las teorías de la ciencia que pretende definirla.

Por la teoría de la diferenciación la mujer no es más que una matriz tiránica que ejerce sus oscuras influencias hasta los últimos repliegues del cerebro; toda la vida psíquica de la mujer supeditada a un proceso biológico, y tal proceso biológico no es otro que el de la gestación. «Nacer, sufrir, morir», dijimos en un artículo anterior. La ciencia ha venido a modificar los términos sin alterar la esencia de este axioma: «Nacer, gestar, morir». Y he ahí todo el horizonte femenino.

Claro es que se ha pretendido rodear esta conclusión de doradas nubes apoteósicas. «La misión de la mujer es la más culta y sublime de la naturaleza, se dice; ella es la madre, la orientadora, la educadora de la humanidad futura». Y entre tanto se habla de dirigir todos sus pasos, toda su vida, toda su educación a este solo fin; al parecer, en perfecta armonía con su naturaleza.

Y ya tenemos nuevamente enfrentados el concepto de la mujer y el de la madre. Porque resulta que los sabios no han descubierto ningún Mediterráneo; a través de todas las edades se ha venido practicando la exaltación mística de la maternidad; antes se exaltaba a la madre prolífica, paridora de héroes, de santos, de redentores o tiranos; en adelante se exaltará a la madre eugenista, a la engendradora, a la gestadora, a la paridora perfecta; y antes y ahora todos los esfuerzos son convergentes a mantener en pie la brutal afirmación de Oken que citaba el otro día: «la mujer no es el fin, sino el medio de la naturaleza; el único fin y objeto es el hombre».

He dicho que teníamos nuevamente enfrentados el concepto de mujer y el de madre, y he dicho mal; ya tenemos algo peor: el concepto de madre absorbiendo al de mujer, la función anulando al individuo.

Se diría que al transcurrir de los siglos el mundo masculino ha venido oscilando, frente a la mujer, entre dos conceptos extremos: de la prostituta a la madre, de lo abyecto a lo sublime sin tenerse en lo estrictamente humano: la mujer como individuo, como racional pensante y autónomo.

Si buscáis a la mujer en las sociedades primitivas, solo hallaréis a la madre del guerrero, exaltadora del valor y de la fuerza. Si la buscáis en la sociedad romana, solo hallaréis a la matrona prolífica que surte de ciudadanos la República. Si la buscáis en la sociedad cristiana la hallaréis convertida en la madre de Dios.

La madre es el producto de la reacción masculina frente a la prostituta que es para él toda mujer. Es la deificación de la matriz que lo ha albergado.

Pero —y nadie se escandalice, que estamos entre anarquistas y nuestro primordial cometido es restablecer las cosas en sus verdaderos términos, derrumbar todos los falsos conceptos por prestigiados que estén—, la madre como valor social no ha pasado hasta el momento de ser la manifestación de un instinto, un instinto tanto más agudo cuanto que la vida de la mujer solo ha girado en torno a él durante años; pero instinto, al fin; apenas, en algunas mujeres superiores, ha alcanzado la categoría de sentimiento.

La mujer, en cambio, es el individuo, el ser pensante, la entidad superior. Por la madre queréis excluir a la mujer cuando podéis tener mujer y madre, porque la mujer no excluye nunca a la madre.

Desdeñáis a la mujer como valor determinativo en la sociedad dándole calidad de valor pasivo. Desdeñáis la aportación directa de una mujer inteligente por un hijo tal vez inepto. Repito que hay que establecer

las cosas en sus verdaderos términos. Que las mujeres sean mujeres ante todo; solo siendo mujeres tendréis después las madres que necesitáis.

Lo que verdaderamente me asombra es que compañeros que se llaman anarquistas, alucinados, tal vez, por el principio científico sobre el que pretende estar asentado el nuevo dogma sean capaces de sustentarlo. Frente a ellos me asalta esta duda: si son anarquistas no son sinceros, si son sinceros no son anarquistas.

En la teoría de la diferenciación, la madre es el equivalente del trabajador. Para un anarquista antes del trabajador está el hombre, antes que la madre debe estar la mujer. (Hablo en sentido genérico). Porque para un anarquista antes que todo y por encima de todo está el individuo.

V

Creemos, en nuestro último artículo, haber dado cima al propósito inicial de estos trabajos: señalar a los camaradas el ángulo netamente anarquista desde donde debía enfocarse en adelante la propaganda cerca de la mujer.

No se me escapan los rasguños más o menos profundos —según la psicología y la cultura de cada cual— que mi labor pueda haber marcado en la epidermis de los camaradas del sexo contrario. El compañero M.R. Vázquez, tan ecuaníme de ordinario, me ha dado la medida con su artículo, «Por la elevación de la mujer», sobre el que diré algo el próximo día. Pero vuelvo a repetir que solo a condición de ser valientes daremos con la verdad.

En fin, lo interesante es que hayamos logrado no sólo, como dije antes, colocar el problema en un terreno netamente anarquista, sino también actualizarlo, según he podido deducir por los distintos escritos que en estas mismas columnas han aludido a mis trabajos sobre el particular.

Aunque, conseguido mi primer objetivo, podría dar por terminada mi labor, no lo haré así, decidida como estoy —es una aspiración que data de larga fecha— a trabajar sin descanso por conseguir la incorporación definitiva de la mujer a nuestro movimiento.

No quisiera pasar por alto ninguna circunstancia, ningún hecho o actuación sin señalar en la medida que puede ser aprovechable o pernicioso para la consecución de nuestros fines con respecto a la mujer.

Dos manifestaciones —una muy discreta de M.R. Vázquez y otra concretísima de esa valiente mujer que es María Luisa Cobo— me impelen hoy a tratar un problema que actualmente apasiona al mundo —el sexual— tan estrechamente ligado al que viene

ocupándonos que se diría que el uno es el fundamento del otro. Sin problema sexual no habría problema femenino en las sociedades. Yo no voy a tratar del problema en sí —otros son los llamados a hacerlo con mayor competencia— sino en su planteamiento por parte de los jóvenes camaradas, que puede tocar en bien o en mal a la tarea de atraer a la mujer.

Escribió un día el camarada Vázquez, refiriéndose a la conducta a observar por los compañeros frente a la mujer: «Seamos capaces de dominar a la bestia y veamos a la hermana como vemos al hermano cuando hablamos de salario». Y dijo María Luisa Cobo, concretando: «No ha mucho se quiso formar por acá un grupo mixto y no pudo llevarse a cabo —aunque sea doloroso confesarlo — porque en los preliminares se produjo y apareció «el Don Juan» en lugar del orientador, haciendo que los demás se disgregasen». Ambos han tocado una llaga que me estaba doliendo hacía mucho tiempo.

Es lamentable, pero las campañas en pro de una mayor libertad sexual no siempre han sido bien comprendidas por nuestros jóvenes compañeros y, en muchos casos, han traído a nuestros medios gran número de jovencitos de ambos sexos a quienes no preocupa ni poco ni mucho la cuestión social y solo buscan un campo propicio a sus experiencias amorosas. Los hay que han interpretado la orden de libertad como una invitación al exceso y en cada mujer que pasa por su lado sólo ven un deseo para sus apetencias.

«Entre la juventud varonil —ha dicho no ha mucho el doctor Martí Ibáñez— estimo que está mal situado el problema, y su espinosa interrogante dejará de ser tal en cuanto desaparezca el equívoco que tan penosas consecuencias ha originado y que ha sido confundir lo sexual con lo genital».

En efecto, cimentada generalmente en unos cuantos folletos, no siempre escritos por persona competente, toda la cultura sexual de nuestros jóvenes se reduce a algunos rudimentarios conocimientos de fisiología, el fondo moral sigue siendo inalterable. De ahí que aún sea entre ellos la potencialidad genital el más genuino exponente de virilidad e ignoren en cambio cómo puede ser encauzada hacia actividades de más alto valor ético. Libertad para ellos es la inversa de control. Y nada más. Ahí termina el problema. Y, en definitiva, frente a la mujer siguen reaccionando, en general, lo mismo que sus antepasados.

En nuestros centros, parcamente frecuentados por la juventud femenina, he observado que las

conversaciones entre ambos sexos raramente giran en torno al problema social o, simplemente, a un asunto profesional; apenas un muchacho se enfrenta a un individuo del sexo contrario la cuestión sexual surge como por encanto y la libertad de amar parece ser el único tema de conversación. Y he visto dos modos de reacción femenina ante esta actitud. Uno, el de rendirse inmediatamente a la sugestión; camino por el que la mujer no tarda mucho en reducirse a juguete de los caprichos masculinos, alejándose por completo de toda inquietud social. Otro, el del desencanto; en que la mujer que traía inquietudes superiores y aspiraciones más altas se retrae decepcionada y acaba retirándose de nuestros medios. Solo logran salvarse algunas pocas de personalidad acusada que han aprendido a medir por sí mismas el valor de las cosas.



En cuanto a que la reacción masculina sigue siendo la misma de antaño a pesar de su pomposa cultura sexual, se pone de manifiesto cuando al encontrar, luego de varios escarceos amorosos, la mujer que estiman para compañera, «el Don Juan» se convierte en «Otelo» y la mujer es restada al movimiento cuando no es que desaparecen los dos.

El caso que denuncia María Luisa Cobo, y que he transcrito más arriba, debemos tenerlo presente siempre cuando tratemos de formar grupos, sindicatos, etc.

Pretender sin ninguna otra preparación cultural y ética introducir a nuestras muchachas de rondón en el campo de la libertad amorosa, tal como la entienden nuestros jóvenes, es sencillamente un disparate. Cuando persisten en su espíritu y en su psicología todos los restantes prejuicios que la sociedad ha acumulado en ellas, iniciarla así en la libertad sexual es romper torpemente el falso o verdadero equilibrio de sus vidas.

Valdría la pena de encomendar la orientación sexual de nuestras juventudes a conferenciantes capacitados en la materia que les señalaran, de paso, las lecturas eficientes, ya que se da en este aspecto, junto a los libros y folletos de gran utilidad, una enorme cantidad de literatura que antes embrolla que soluciona el problema.

En definitiva, considero que la solución al problema sexual de la mujer solo está en la propia solución del problema económico. En la resolución. Nada más. Lo otro es variar de nombre la misma esclavitud.

ROMANCE DE “LA LIBERTARIA”

El poema describe el asesinato de María Silva Cruz. En 1933, los jornaleros afiliados a la CNT del pueblecito andaluz de Casas Viejas, víctimas de la miseria atroz en que viven, proclaman en la aldea el Comunismo Libertario. Ante la revuelta, el gobierno de la República envía a la Guardia Civil. Los alzados huyen. Algunos buscan refugio en la choza-vivienda del anarquista Cruz Seisdedos y su familia. La Guardia civil incendia la choza, con diez personas dentro. Todos ellos murieron abrasados o baleados, excepto María Silva, la nieta de Seisdedos, de 16 años y el niño Manuel García, quienes lograron escapar. Acto seguido, el capitán ordena capturar a los hombres del pueblo y conducirlos a los restos de la choza. Una vez allí se les obliga a mirar la tragedia y al momento son asesinados. La matanza se salda con, al menos, 26 personas asesinadas. Tras su huida María fue localizada y encarcelada. Una vez excarcelada, marcha a Madrid y a Paterna, donde se encontrará en julio de 1936. Nada más producirse el golpe de Estado, las fuerzas franquistas la detendrán para, al poco tiempo, aparecer asesinada en algún lugar, entre Medina y Jerez.

ROMANCE DE “LA LIBERTARIA”

María Silva por nombre
ya era un romance certero.

María Silva traía
los grandes ojos ardiendo,
muda su lengua andaluza,
pálido el rostro moreno
y un espasmo de terror
por las entrañas adentro.

Estampa de noche trágica.
Benalup, en su recuerdo
raía como una lima
la carne de su cerebro;
cerebro de niña pobre,
sin pan, sin libro y sin credo.

En una disputa trágica
gritan la llama y el viento;
rayan la noche fusiles
con resplandores siniestros
buscando al hombre en el monte
como el lobo carnívor.

Dieciséis años tenía
María Silva incompletos.
¡Ay, María Silva Cruz,
nieta del bravo “Seisdedos”,...
tus piernas de corza joven
hacen competencia al viento!
¡Corre hacia los negros campos;
corre viva, corre presto;
salva tus dieciséis años,
tu vida en flor, que aún es tiempo!
Salta las tapias enanas,
busca refugio en los cerros;
chacales con voz humana
siguen tu rastro sangriento.
¡Corre, María Silva, corre!
Y el sol la alumbró corriendo
por caminos de Jerez,
duros de noche y de invierno.
¡A la zaga iba el destino
como una fiera al acecho!

En cárceles tenebrosas
—Cádiz, Sevilla— murieron

como dieciséis jazmines
dieciséis años parleros.

Alguaciles y escribanos
—jeta asquerosa de puercos—
olisqueaban tu carne
y tu pobreza, sabiendo
que el hambre es la celestina
mejor de sus trapicheos.
¡Pecado tus ojos grandes,
aún abrasados de incendio,
tu dulce lengua andaluza,
tu labio tímido y fresco!
¡Pecado con que soñaban
sus apetitos sin freno!
Un incentivo, tu llanto,
mejor que un dique a su sueño
Y la flor de tu inocencia,
aguijón de su deseo.
Fuera botín descontado
tu carne, carne del pueblo,
si en la sombra no velaran
como dos puntas de acero
—carne de tu misma carne—
un afán con ojos negros.
Quebró el destino su vara
y te miró con respeto.

¡Ay, María Silva Cruz,
(“Libertaria”, por tu abuelo),
qué poco dura la dicha!
¡qué poco dura!, ¡ay! El tiempo
mide con varas distintas
una alegría y un duelo.
Apenas tuviste un dulce
collar de brazos morenos,
roncos cañones tronaron
sus tempestades de hierro;
Atila picó de espuelas
su raudo potro siniestro;
sobre los campos de España
la sal del odio vertieron,
porque no dieran más pan
que el pan de su privilegio.
Se desbordaron de sangre
el Guadalquivir y el Ebro;
torrentes rojos teñían

montes, collados y oteros;
y a la luna subió el grito
de guerra del pueblo ibero.
—¡A las armas!, camaradas,
¡a las armas!, que los perros
han quebrado sus carlancas.
¡A las armas! ¡Rompan fuego!
Lucha cruel han trabado
la aristocracia y el pueblo
y en un revuelto amasijo
de carnes rotas y nervios,
rugen por tierras de España
cada uno de sus fueros.
—¡Camaradas, a las armas!
¡El grito deshizo el cerco
adorable de los brazos
y quebró desnudo el cuello!

Sola, no, que ya reclinás
un sueño de oro en tu pecho;
aún tienes una sonrisa
que devuelve tu reflejo.

¡“Libertaria”, has de ser fuerte!
María Silva, ¡de hierro!
Pedazos de tus entrañas
necesitan tu alientos.

Látigos hienden la noche.
—Corazón mío, es el viento...
Y María Silva canta:
—“Duerme..., nanita..., arrapiezo.”
Puños de gigante baten
la puerta del aposento
y la noche entra de pronto,
negra de horror y misterio.
—Ráfagas de fuego arrancan
desgarrones de silencio—.

¡Ay María Silva Cruz,
carne dolida del pueblo!
Rugió brutal el destino,
—¡Al fin, María Silva! ¡Fuego!
¡Ay!, María Silva Cruz
(“Libertaria”, por tu abuelo),
¡carne de tu misma carne,
te vengará el pueblo ibero!

LA MUJER EN EL CAMINO DE LA REVOLUCIÓN

LA GRAN TAREA DE LOS COMPAÑEROS

[Publicado en periódico *CNT*, nº 322, 23 de agosto de 1934,
Firmado como “La compañera X”]

Vamos a señalar una deficiencia de táctica —no queremos llamarlo error porque no la creemos premeditada— en el movimiento anarcosindicalista de nuestro país; la poca atención que hasta el momento ha prestado a la mujer.

Acaso, de un modo teórico se haya ocupado de ella; pero es lo cierto que, hasta ahora, no se ha iniciado prácticamente un movimiento de atracción hacia nuestros medios de esa parte —la más doliente y sufrida— de la humanidad, que durante siglos y siglos no tuvo una intervención manifiesta en la creación de la vida o, dicho de otro modo, en la orientación de las actividades humanas.

Decimos que no tuvo una intervención manifiesta, porque no olvidamos ciertas influencias oscuras, por desgracia, ya que nos llegaron siempre a través de la exaltada sensualidad masculina. —Las Cleopatras y las Pompadours anónimas son incontables.

Nuestro movimiento, como decíamos, ha descuidado este aspecto de la propaganda revolucionaria, sin pensar, acaso, que en el pecado llevaban la penitencia. No se pararon a observar los camaradas anarquistas que las conquistas efectuadas en la calle eran neutralizadas después en el propio hogar; que mientras, víctimas de un absurdo prejuicio burgués, siguieran mirando desdeñosamente la importancia social de la mujer, su labor se parecería mucho a la tela de Penélope, sería un tejer y destejer eterno.

No supieron tomar ejemplo del más sagaz y más «cuco» de todos los propagandistas, la Iglesia. Por la conquista de la mujer la Iglesia se hizo la dueña del mundo. Los hombres mamaron la religión en la leche materna, y la humanidad vivió muchos siglos bajo la férula de los sacerdotes.

Esto ha conducido a algunos a volcar sobre la mujer culpas que no le son imputables, se ha hablado mucho de sus influencias perniciosas sin cuidarse de estudiar el fondo del asunto; no pararon mientes en que la mujer actuaba, sencillamente, de espejo, devolviendo y multiplicando las imágenes en ella reflejadas, que la proyección venía de los hombres y a los hombres era devuelta.

No es nuestro propósito historiar aquí las bases sobre que se ha fundado una supuesta inferioridad femenina; pero obligados a aceptar el hecho de su vasallaje secular a los dictados masculinos, es al egoísmo masculino, que, por cálculo o por desidia, mantuvo a la mujer durante siglos en un estado intelectual lamentable, a quien caben todas las culpas.

Pero volvamos a nuestro tema. Es triste comprobar que mientras muchos camaradas blasonan de revolucionarios en la calle, en el taller, en el sindicato, tienen un hogar estructurado con arreglo a las más puras normas feudales,

donde actúan de dictadorzuelos, olvidando por completo orientar a la compañera en un sentido ideológico y humano, dejándola abandonada a influencias ancestrales que, actuando a su vez sobre los hijos, malogran gran parte de la labor realizada en la calle.

Creemos que es llegada la hora de iniciar una tarea tenaz de educación femenina en sentido revolucionario y estimamos que es en los hogares donde esta tarea ha de dar comienzo, porque tenemos muy en cuenta que la familia, en su forma actual, apenas modificada por algunas leyes pseudodemocráticas, es el más firme puntal del Estado y de la religión, y, por lo tanto, el dique más poderoso opuesto a los avances del progreso social.

No vamos a hacer otra cosa que repetir conceptos ya vertidos hace tiempo en otro lugar; pero creemos que nunca se insistirá bastante sobre este aspecto de la propaganda revolucionaria.

A nuestro juicio, la labor más urgente a realizar por los compañeros es una labor de índole personal, que tienda ante todo a modificar el carácter de las relaciones entre los sexos dentro de la familia. Es imprescindible manumitir a las mujeres compañeras, hijas—, de una vigilancia inmediata y coactiva que las relega a un término de inferioridad dentro del hogar, y las coloca en un plano de eternas menores, haciéndolas abandonar en manos de los demás la resolución de todos los problemas, en muchos de los cuales su actuación podría ser de gran valía.

Es necesario dejarlas un margen de libertad que las obligue a buscar por sí mismas la resolución de mil cuestiones, de manera que vaya creándose en su conciencia el sentimiento de la responsabilidad.

Sin el sentimiento de la responsabilidad no hay personalidad, no hay individuo; y si no hay individuo las colectividades sólo son conglomerados sin consciencia y sin carácter: masas. Los anarquistas debemos borrar esta palabra de nuestro vocabulario. Masa es una cosa amorfa, indelimitada, y nosotros queremos cosas concretas, bien concretas y bien definidas: queremos individuos.

Nuestra labor, nuestra gran labor, mejor aún, la labor de los compañeros, sin abandonar por ello actividades a desarrollar en el camino de la revolución, sin hacer un alto sino avanzando constantemente, es la de hacer de cada mujer una individualidad.

Suponemos que todos tendrán en cuenta que hablamos en términos generales y no desconocemos que en las actividades revolucionarias se han destacado muy estimables valores femeninos; pero no olvidemos que este hecho presta mayor

fuerza a los razonamientos que estamos exponiendo, mayor importancia a la labor que proponemos a los compañeros.

Manos a la obra: revierta cada militante una parte de las actividades que desarrolla en la calle al propio hogar, comenzando por borrar jerarquías enojosas entre lo que se ha dado en llamar actividades masculinas o femeninas; dese beligerancia a la mujer iniciándola con paciencia y con cariño en los problemas humanos, muchos de los cuales por instinto tiene ella resueltos en el fondo de su conciencia: la guerra, la justicia.

No podemos hablar de los medios a emplear en términos generales, estos medios ha de buscarlos

cada compañero en sí y en las circunstancias que le rodean; pero, por los procedimientos que sean, trabaje por incorporar el valioso elemento que es la mujer a la causa de la revolución y el mundo acelerará su marcha hacia una concepción definitiva de la sociedad.

Por nuestra parte nos proponemos seguir tratando estos temas en números sucesivos e invitamos a cuantas compañeras estén, aunque sólo sea ligeramente preparadas en este terreno, a exponer sus juicios sobre la labor que la mujer puede realizar tanto en el camino de la revolución como después de ella.

ANTE LA GUERRA Y ANTE EL FASCIO

[En CNT, nº 327 de 29 agosto de 1934. Firmado como "La compañera X"]

I

El imperativo de la actualidad me obliga a alterar el orden que me había propuesto seguir en estos artículos, para exponer la serie de reflexiones que me han sugerido las recientes manifestaciones de mujeres contra la guerra y el fascio.

Empezaremos por aprobar este acto que ha tenido la virtud de desentumecer los anquilosados miembros femeninos, de agitar los espíritus y sacudir las inteligencias de las mujeres lanzándolas al aire apasionado y vivificador de la calle.

¡Contra la guerra y contra el fascio! ¡Cuánto tiempo que esperábamos este grito en bocas femeninas!, pero hemos pensado luego con dolor que esto es gritar nada más, y que es, además, gritar en el desierto.

La guerra, el fascismo, son sólo manifestaciones de un estado de cosas: escarbar, ahondar, desnudar la causa, destruirla, es la misión que la historia tiene reservada a la mujer, es la labor que la humanidad tiene derecho a esperar de ella.

Hay que buscar una atalaya, sacudirse el polvo de los siglos y con ojos limpios, con ojos bien abiertos, escudriñar el panorama del mundo. Dejarse a parte toda la falsa sabiduría masculina, arrumbar toda su ciencia políticosocial y buscar la Verdad en el fondo de nuestras conciencias. Hay que sacudir el tablero y empezar una jugada nueva. Todos los valores actuales son falsos, todos. Y no vale cambiar las nomenclaturas, es necesario variar la esencia y la entraña de las cosas.

Aceptar algo de lo existente sería dar por buena

la fórmula social que hizo posible nuestra esclavitud de siglos. Tengamos presente que la sociedad es como una suerte de ruedas dentadas en que todas se complementan, no puede retirarse una sin que se altere el equilibrio. Y no podemos reclamar nuestra libertad, rebelándonos contra la injusticia secular que nos tuvo postergadas, sin tener en cuenta que sobre esa misma injusticia está edificado cuanto nos rodea. Que no hay por lo tanto nada respetable en torno nuestro. Que la humanidad entera es víctima de un error de interpretación y que es necesario romper en absoluto con el pasado, recomenzar la vida.

Para ello hay que buscar perspectivas nuevas y caminos vírgenes. Los mismos caminos nos conducirán inevitablemente a los mismos lugares. Los mismos procedimientos a los mismos errores. Hay que edificar una vida nueva por un procedimiento nuevo.

Y cuando esto es bien patente, ¿cómo no ha de dolernos comprobar que la mujer, fuerza intacta, reserva suprema de humanidad se enrola en los viejos partidos políticos y malgasta su tesoro de energías en dar manotazos al viento? Porque manotazos al viento son los gritos contra la guerra y contra el fascio mientras no se ataquen las raíces que les dan vida.

No hay que gritar contra la guerra, sino hacer imposibles las guerras, acabando de una vez con las absurdas paradojas masculinas, que organizan encuestas por la paz mientras dan el esfuerzo de sus músculos a las fábricas de armamentos.

Y no es ciertamente, enrolándose en los partidos políticos, como la mujer puede realizar esta labor. La misión

primordial de los partidos políticos es la conservación y defensa del Estado, y como a su vez el Estado es el defensor y conservador de todos los valores creados —aunque se hable de sus evoluciones y de sus mentidos progresos— resulta que la mujer actuando en la política mantiene y da vida con su esfuerzo y con su inteligencia a lo mismo que pretende destruir.

La guerra no fue nunca un movimiento espontáneo de los pueblos; para que la guerra se hiciera posible fue siempre precedida de un ciclo más o menos largo de ambientación a cargo del Estado. Éste agitó viejas y vacías abstracciones —la patria, el honor— buscando con ello encender las pasiones y despertar los odios. Sólo a favor de esta labor monstruosa, la guerra fue posible.

La guerra, como la injusticia social son mantenidas y fomentadas por el Estado; para acabar con aquélla hay que terminar con éste.

Meditemos las mujeres, veamos que todos los valores que han regido el mundo hasta hoy requieren una urgente y minuciosa revisión. Que la lucha contra la guerra será un movimiento estéril si nos empeñamos en enfocar el problema desde los engañosos puntos de observación que los hombres vienen utilizando de siglos. Hay que buscar perspectivas nuevas, hemos dicho, y para ello lo esencial es que la mujer obre espontáneamente, dejándose llevar por los impulsos de su propia naturaleza, rebelándose contra toda sugestión y toda coacción del medio, siguiendo, en fin, los dictados de su conciencia no deformada aún por intrincados cerebralismos.

II

El limitadísimo espacio de que disponemos nos obliga a subdividir los temas tratando en artículos sucesivos lo que hubiéramos querido decir de una vez. Esto tiene su pro y su contra.

Tiene su pro, en que de esta manera podemos extendernos ilimitadamente enfocando nuestros puntos de vista con mayor amplitud, y tiene su contra, en lo difícil que es para nuestras lectoras —casi todas cosechadas en el campo proletario— mantener la atención de artículo a artículo y relacionarlos luego entre sí. Pero ¡qué remedio!, hemos de conformarnos con lo que se nos da.

Es lógico que si afirmamos tan rotundamente que las guerras son provocadas y mantenidas por el Estado procuremos demostrarlo y a ello vamos, aun a trueque de repetir conceptos constantemente vertidos en estas columnas; pero sin apartar de nosotros la idea de que en esta ocasión escribimos expresamente para las mujeres, con un propósito de iniciación en las cuestiones sociales.

Se han hecho muchos estudios y conjeturas sobre el origen de las clases sin que se haya logrado precisar de una manera terminante cuál sea éste. Nosotros aceptamos en principio, como lo más verosímil, que la división de la colectividad en clases tuvo un día su razón de ser en una necesidad del propio desarrollo de la humanidad; pero sea

ello como fuere lo cierto es que, establecidas las clases una se erigió en dominante, y para sostener y garantizar este dominio tuvo necesidad de crear una serie de instituciones que sentaran las bases de su falso derecho. El conjunto de estas instituciones perfeccionadas es el moderno Estado. De aquí deducimos, pues, que el Estado es la suma de instituciones de que una clase se sirve para sojuzgar y dominar a la otra. Las más importantes de estas instituciones son la escuela —fusionada con la religión—, la justicia y el ejército.

La escuela, que forma, o mejor, deforma los individuos a capricho y conveniencia de la clase dominante, no iniciándoles en el conocimiento racional de los principios biológicos, o leyes básicas de la Naturaleza, sino inculcándoles una serie de conceptos e interpretaciones a priori de las cosas.

La justicia, que clasifica los actos de los hombres en buenos o malos, según el favor o el perjuicio que de ellos se deduce para la clase dominante, y el Ejército, que con la razón de la fuerza garantiza y sanciona el ejercicio del derecho usurpado.

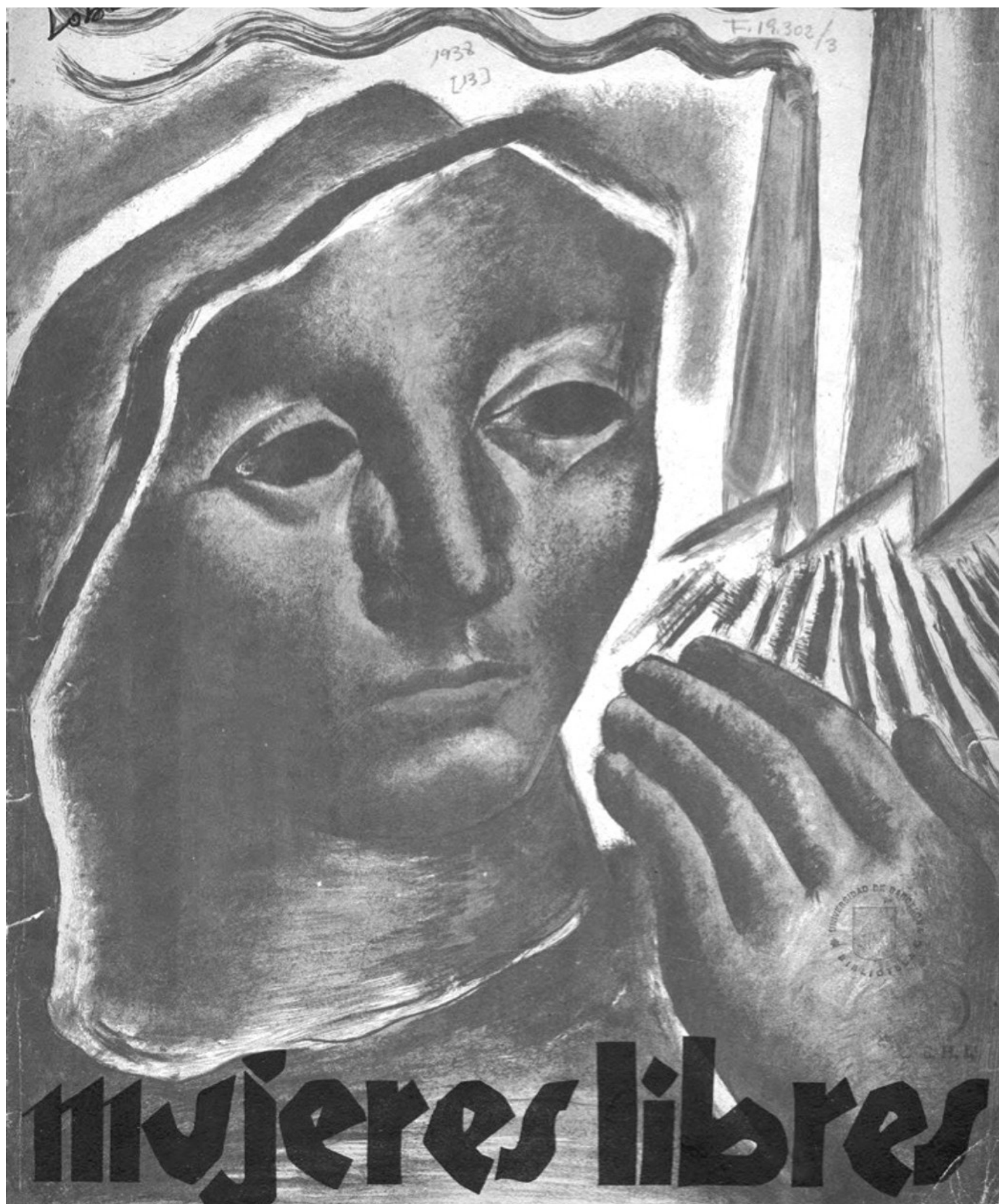
Entre los conceptos inculcados por la Escuela, que de una manera más perniciosa y más permanente influyen en el desarrollo intelectual y psíquico del individuo, se cuenta el de la patria.

El concepto patria, va íntimamente ligado hasta fundirse al de propiedad. Defender la patria es defender la propiedad. Ya las primeras guerras en los más remotos tiempos no reconocían otro origen que la lucha de las tribus por la posesión de las tierras más fértiles. Por algo se ha llamado más de una vez a los desheredados gentes sin patria. Patria es un concepto típicamente burgués. La patria no es prácticamente otra cosa que los negocios, los intereses, las ambiciones de la clase privilegiada; y no olvidemos que la suprema misión del Estado es organizar la defensa de esos intereses, que en todos los casos, aun en aquellos que aparenta servir los intereses del pueblo como ocurre, por ejemplo, con la legislación obrera: siempre lo que se busca es la defensa más o menos mediata de los intereses de la burguesía.

Una guerra es siempre el choque de los intereses y ambiciones de las clases privilegiadas de dos o más países —detrás de los tópicos patria, honor, etcétera, siempre hay agazapados unos cuantos nombres propios—. Ahora bien: como estas luchas, estas ambiciones, estos intereses encontrados son el producto de la competencia (guerra latente), y la competencia es la piedra angular del actual sistema económico resulta que no podremos acabar con la guerra sin derrocar el sistema económico y por ende el Estado, que es su forma de expresión, su brazo ejecutivo.

Para que una cosa deje de ser hay que matarla; pero sin matar la larva no podremos acabar nunca con la especie. Así, sin destruir el Estado no acabaremos jamás con la guerra.

Y es desde este punto de vista desde el que debemos organizar la lucha. Desde él seguiremos hablando.



Cuaderno 

Lucía Sánchez Saornil

"LUCÍA SÁNCHEZ SAORNIL, BREVE ANTOLOGÍA"

Adjunto a La Campana (VI Época, número 55)

Pontevedra, 2 de noviembre de 2021